

Los últimos 'relámpagos' de Ramón Gómez de la Serna

● Ven la luz 400 greguerías inéditas, escritas al final de la vida del autor e ilustradas por Chema Madoz

ANTONIO LUCAS / Madrid

Toda la escritura de Ramón (Gómez de la Serna) conserva una estela de circo ambulante. No hay en la literatura española del siglo XX un autor que asuma a su modo el oficio de escribir como una constante mudanza de las ideas a las cosas y de las cosas a las ideas. Ramón iba impulsado por un idioma que nunca llegaba a decir del todo aquello que estaba dispuesto a contarnos. Al principio deslumbra, después extraña, más tarde persuade y finalmente aliena con un lujo de palabras con las que hace del mundo metáfora extraña.

Por su obra corre un calambre o chorro lírico que colisiona al final con la ironía y se convierte en género con nombre propio, sin esquivar una melancolía crónica y un esnobismo de fondo. Es un escritor cruzado con miles de cachorros, con cientos de noches en vela, con un esteticismo de desvanes catastróficos, con tabaco de pipa, con intuiciones. Y de esos encuentros fortuitos, sale él de cuerpo entero, abotijado y festivo.

Pero de entre todo el fondo de

El hallazgo apareció en una caja perdida en Pittsburgh con 500 cuartillas dentro

armario de su escritura, las greguerías sobresalen como el informe nuclear más exacto de su estilo. Esa mezcla de poesía y humor lograda en una frase breve, en un hallazgo informal que lo destruye todo: «El pulpo es la ametalladora del mar». O «Las palabras son el esqueleto de las cosas. Por eso duran más que ellas». Ramón (Madrid, 1888-Buenos Aires, 1963) perpetró y publicó en su vida miles de estas greguerías: flechas de golpe, lupas locas, hebras de voz en su abundancia.

Otras tantas quedaron pensativas en carpetas, con sus equivalencias disparatadas a la sombra. La hispanista Laurie-Anne Laget, profesora en la Universidad de la Sorbona, encontró hace unos meses una caja con el nombre del escritor en la Universidad de Pittsburgh (EEUU). Dentro había 500 cuartillas dispuestas bajo el título de *Nuevas greguerías*. Estudió aquellos folios, los puso en limpio y con la editorial La Fábrica ha confeccionado un volumen iluminador, enriquecido además con 15 fotografías de Chema Madoz realizadas sobre la base de estos textos.

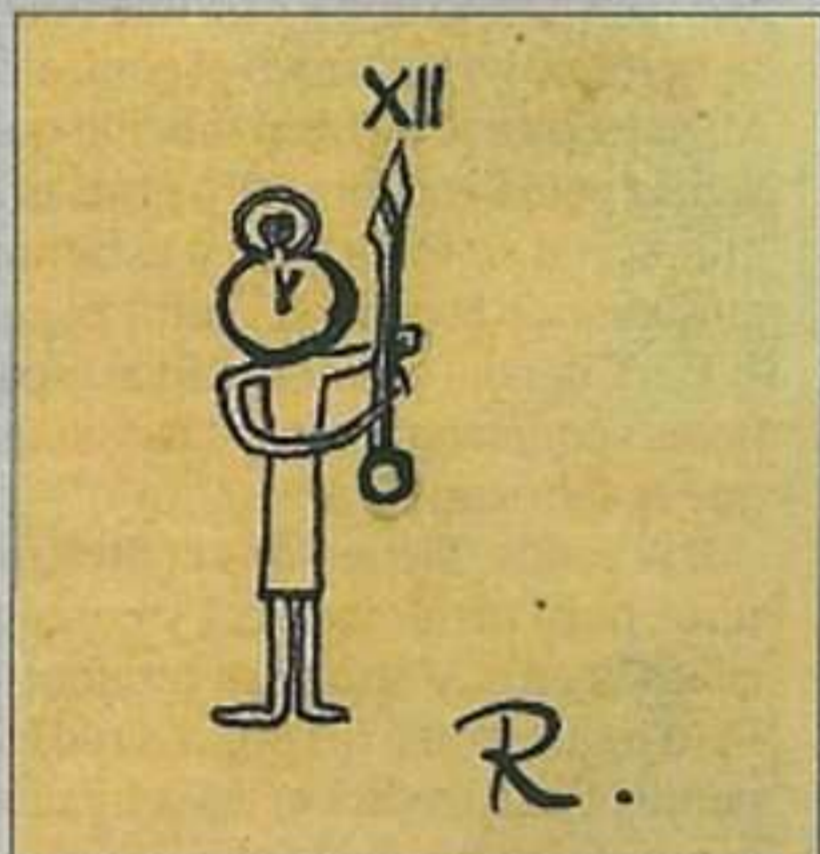
«Ramón escribía greguerías a diario. Y luego seleccionaba las que iba a enviar a los periódicos de Madrid y de Argentina», explica Laget. «Las que

hemos recuperado estaban destinadas a formar una última edición y por eso había hecho un prólogo que también apareció en Pittsburgh. «De las

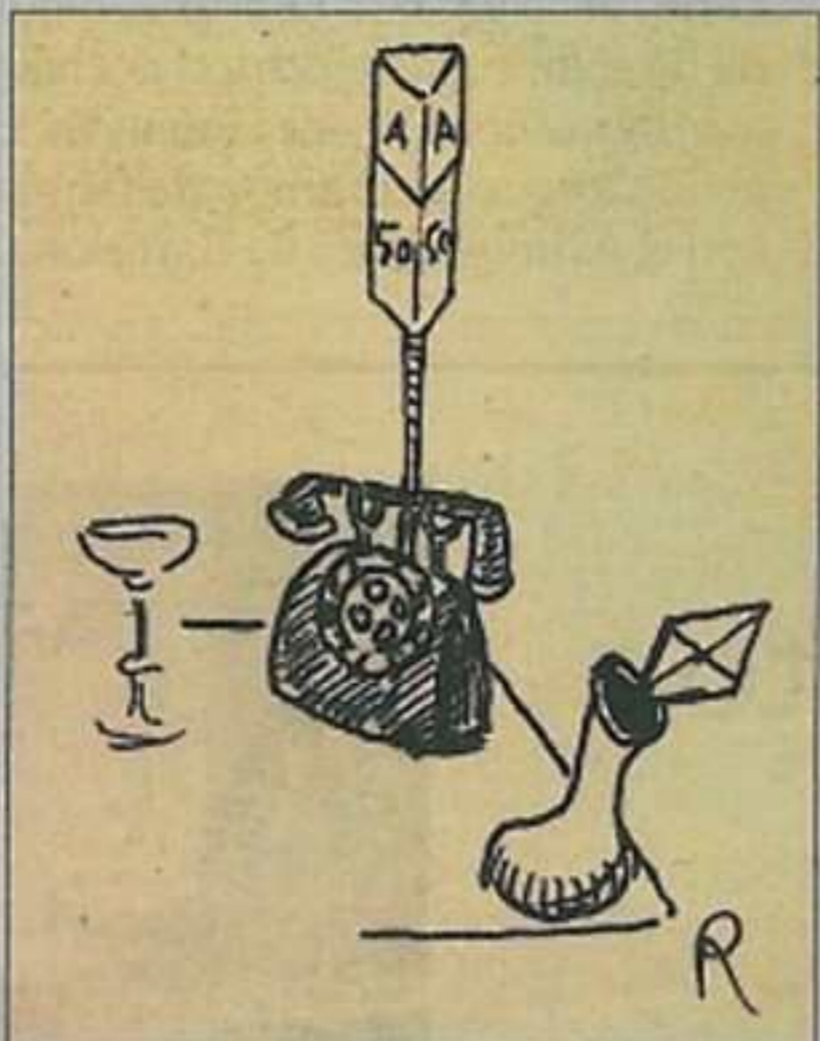
Tesoro al descubierto



> **BUZÓN.** «Poniendo el oído en un buzón postal se oye un murmullo de adioses».



> **RELOJES.** «Todos habrán observado al abrir un reloj que en medio del plano de su maquinaria se ve el ruedo de una plaza de toros». / «Con monóculo el ojo se vuelve reloj». / «Einstein nos ha hecho dudar de los relojes».



> **TELÉFONO.** «Capitalista: gimnasta de muchos teléfonos».

miles que pude revisar escogí para este libro las más visuales e ingeniosas. En total, 400. La mayoría inéditas.

En ellas queda el talco último del escritor, de aquel que ya concibe su vi-

da con cierto espíritu forense. Viejo y desencantado y culminante de tristezas. Quizá por eso alcanza una dimensión más poética, más grave en ese afán de hacer evidente lo insólito. «Gran parte de este Ramón del final está por descubrir», apunta Laget. «Y en muchos casos ensancha al creador. Estamos ante un hombre que desarrolló con enorme talento una vanguardia de masas. Y que sintetizó en las greguerías la fórmula de su éxito, estableciendo con ellas una gran complicidad con el lector».

Sin embargo, Ramón fue —sobre todo— un escritor de lectores dispersos, un coleccionista de lo cotidiano que volvía cada paisaje nativo, cada trasto, en literatura. Las greguerías son el Rastro verbal de Ramón, donde se emparenta con lo sencillo como infinito. «En verdad son formulaciones de nuestras propias intuiciones trascendidas», subraya la responsable de esta edición. «Tienen algo de ruptura constante».

Y dice: «Por debajo de la puerta echa el día la novedad de su luz, el primer diario sin letras de la ma-

«Este Ramón del final está por descubrir... Y muchas veces ensancha al creador»

ñana». Pues la paradoja es imprescindible en este guiso imaginativo. Y adivina después que «es dura la almohada porque está llena de ilusiones muertas». No distingue entre lo solemne y lo ligero. No quiere hacerlo. En los años en que trabajó estas greguerías del exilio se alimentaba ya de cierta nostalgia, de cuando era figura tutelar de la vanguardia en España, maestro sin escuela, faro de novedad para los jóvenes prosistas de los 20 y los poetas del 27. Madrugadas inmensas en los cafés donde reivindicaba como estética el culto a la minucia con el único avituallamiento de un vaso de agua.

Todo en Ramón era juego, ideas con un correctivo de broma, una genialidad experimental y dispersa. Fue, por qué no, el humorista serio que invita a ser mejores observadores. Dispuso en cada greguería un telescopio lúdico, rechazando el matiz moral del aforismo. «Y las escribió hasta la última tarde de su vida. Días antes de morir, envió a los periódicos una selección que se publicó a diario hasta un mes después de su entierro», comenta Laget. El *ramonismo* es también esto: una genial gamberrada que transforma en chanza lo terrible. Porque palmarla puede ser a veces una risa al revés.



Ramón dicta una conferencia sobre un trapecio, en 1923. / L.R. MARTÍN